



# LA CRUZ

## Y LA MEDIA LUNA

POEMA HEROICO DEDICADO  
A CANTAR LA ACCIÓN DE

**D. SANCHO EL FUERTE**

DE NAVARRA, EN LA BATA-  
LLA DE LAS NAVAS DE TO-  
LOSA Y A LA ADOPCIÓN DEL  
ACTUAL ESCUDO DE NAVARRA

POR

**ADULFO VILLANUEVA GUTIÉRREZ**

PBRO. DE LAS ESCUELAS PIÁS

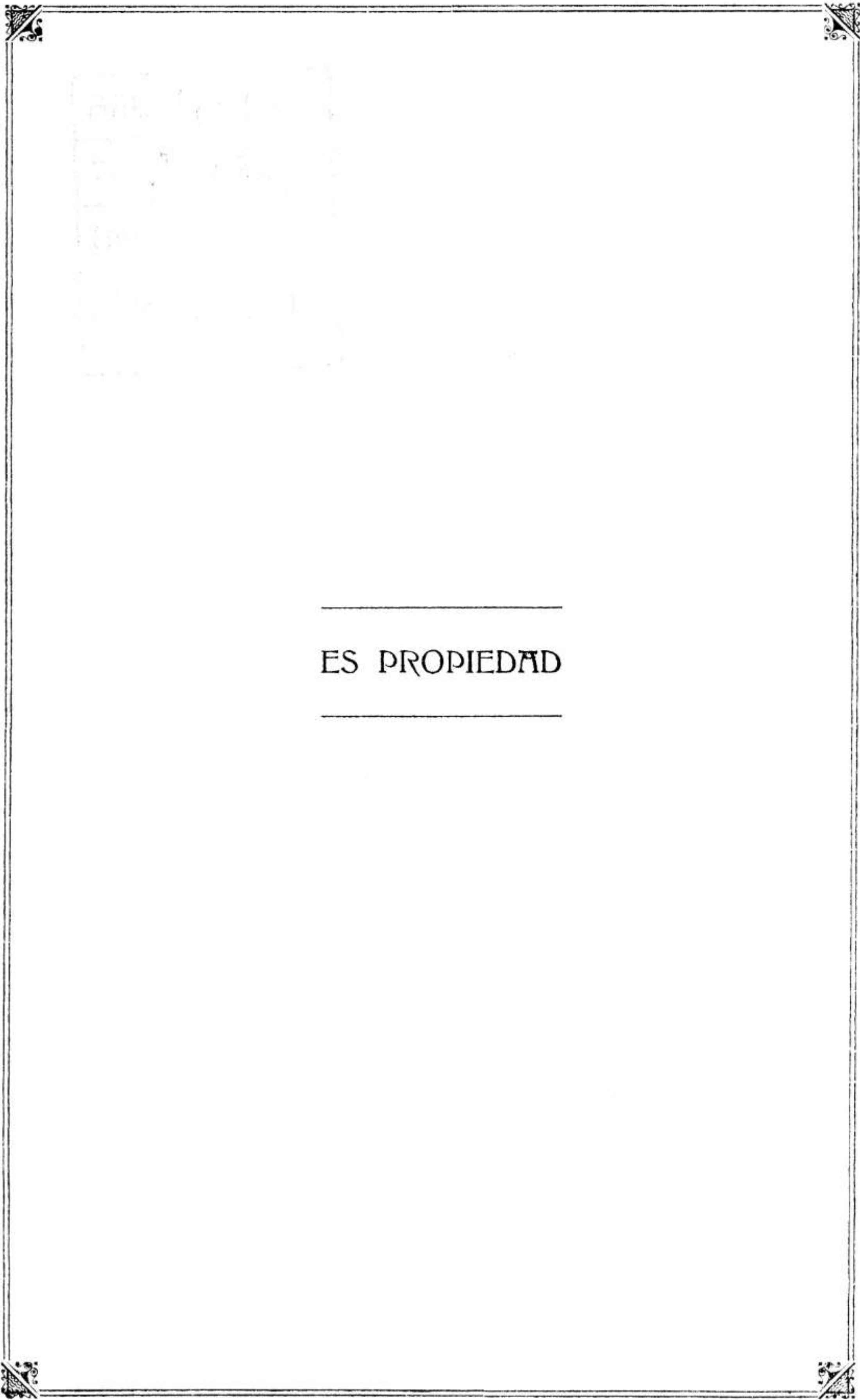
---

ILUSTRACIONES DE LLOBET

---

LEMA: ≡ FUEROS  
Y CADENAS

Imp.-Lib. Montserrat  
Fernando VII, n.º 43  
:: BARCELONA ::



LIBRARY  
OF THE  
CONGRESS

---

ES PROPIEDAD

---



A LA EXCMA. DIPUTACIÓN FORAL

---

: : : : : : : DE NAVARRA

---

EL AUTOR



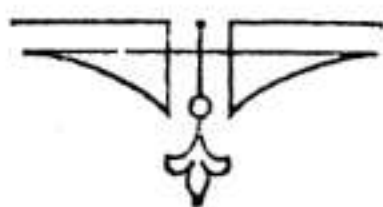
## PRÓLOGO

...«*Ibis in urbem*».

Sí, levanta el vuelo, belicoso ensayo, y canta las glorias de una raza de titanes, de un pueblo de inquebrantables convicciones. Hallarás en tu curso quien aplauda tu imparcialidad y quien ahogue tus clamores. No importa; besa este polvo en que has nacido, que también la violeta perfuma las plantas de quien la hollara y no vaciles en cantar donde llegue tu bien intencionado vuelo las hazañas del titán Sancho el Fuerte, que no has de escatimar loores, a quien tantos merece, por la obscura tendencia de quien no te crea digno de ninguno. Suene en tu concierto el clarín, la trompa y los adufes; avezado has de estar al triunfo, al



ataque y a la estratagema de la lucha, no te ha de sorprender la emboscada, ni la infidelidad de quien se le antoje fiel de balanza, cualquier elástico filamento de parcial criterio. Canta, las glorias de Navarra inmortal, pues que tienes en su cielo bebida la inspiración y en su hazaña adoras la mano del Señor y no hay por que mancillar tan immaculada gloria. Sí, canta el triunfo de la Cruz, y abomina de la Media luna para satisfacción de cuantos se inspiran en el precioso emblema de nuestra Redención.







El es el atalaya y el vigía,



# PRELUDIO

SUMARIO.—INVOCACIÓN: S. Miguel in  
Excelsis. Llor al Gran Custodio de las Tradiciones Vasco-Navarras.

¡Genio del Aralar, divina lumbre  
que doras estas *bárdulas* regiones,  
Celeste mensajero  
de Jehová, colocado en esa cumbre,  
para guardar la Fe de los vascones...  
Heraldo de la luz, yo te venero!..

Trepando por la senda pedregosa,  
el alma arrebatada,  
la frente sudorosa,  
la inspiración cautiva por el peso  
de una inmortal Cruzada,  
llego a tus plantas, con amor las beso,  
y advierto que me miras,  
y con el estro de tu luz me inspiras.

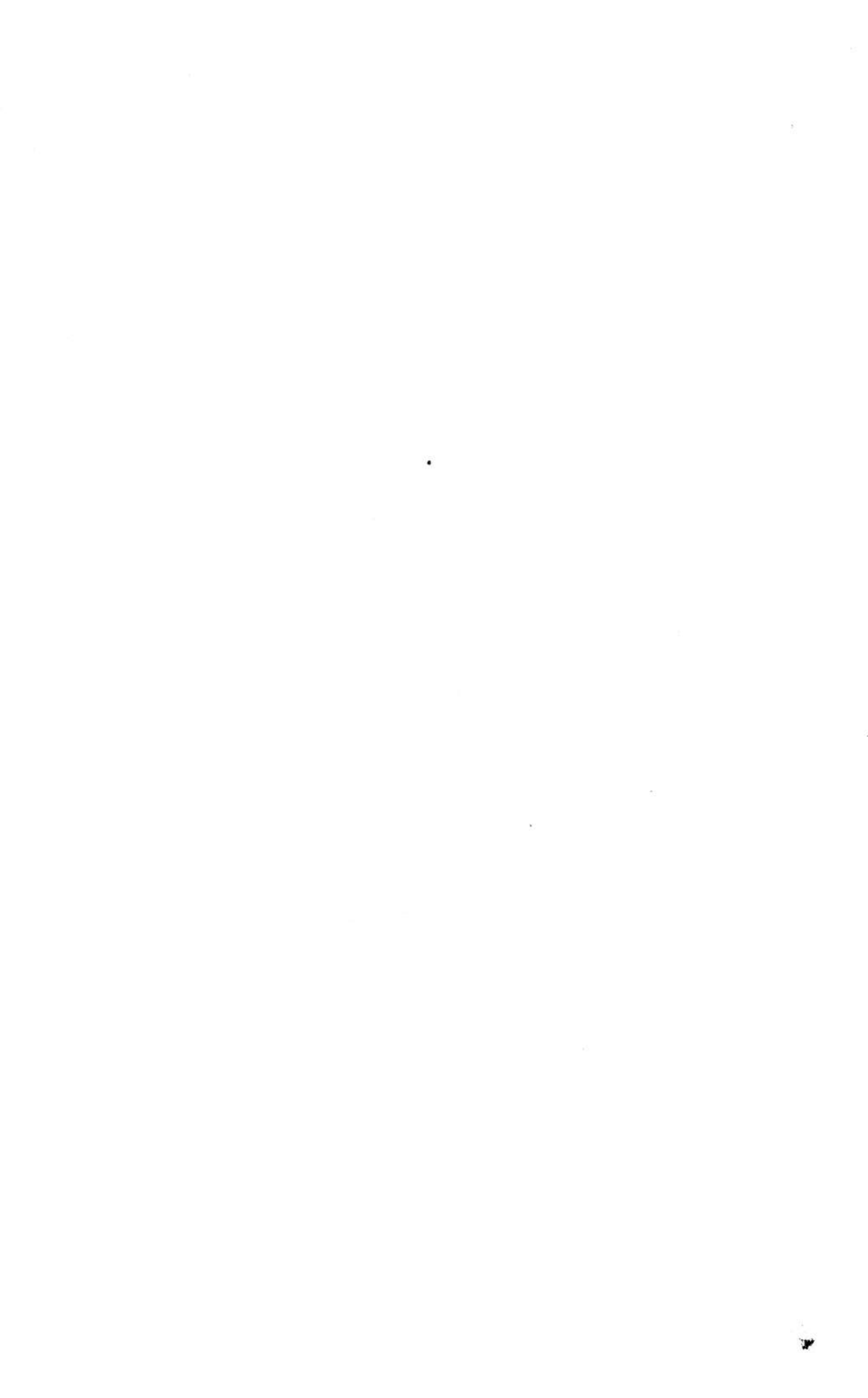
Pedí con fe; cruzó por el espacio  
el Angel del Señor, y en un instante  
el *Monte Excelso* se tornó en palacio,  
y cual río de luz que se despeña  
entre prismas de espejos y diamante,  
brotó la inspiración, audaz, risueña...  
saltando a borbotones  
de aquel fanal de vascas tradiciones.

El es el atalaya y el vigía,  
que custodia esta raza immaculada;  
El dió arrojo sin par y valentía  
al héroe de la épica jornada  
que pretende esbozar mi fantasía.

Es águila de luz que entre las brumas  
que envuelven los peñascos  
de su etérea mansión, sacude el vicio  
al agitar sus irisadas plumas,  
y no deja posar entre los vascos  
el ave del infausto maleficio,  
la malhadada arpía  
que anida en la torpeza y en la orgía.

Cuando miro esa cumbre sin ejemplo,  
me imagino a Navarra convertida  
en espacioso templo,  
con el vario tapiz que el campo teje,  
y el cerúleo florón de su horizonte;  
su altar es todo el monte  
y el Angel, el Patrón que la protege.

¡Genio del Aralar, divina lumbre,  
que doras estas *bárdulas* regiones...  
Celeste mensajero,  
de Jehová, colocado en esa cumbre,  
para guardar la fe de los vascones...  
Heraldo de la luz, yo te venero.  
Desde tu altar presides  
el lírico torneo  
de esta lid, la más noble de las lides;  
y al demandar la gloria del trofeo  
en tu bondad confío;  
el triunfo será tuyo, nunca mío.







No miran más allá los bereberes.



# CANTO I

**SUMARIO.**—La Fe y el Islamismo.—Hay que luchar. — Eternidad del premio.—Cielo cristiano y Cielo mahometano.

Abrazada a la Cruz la Fe solloza,  
tinta en sangre cristiana; y en su seno  
el áspid islamita la destroza,  
sintiendo su veneno,  
cuál pérfido gotea  
queriendo emponzoñar su eterna idea.

Pero al través de la tupida gasa,  
con que cubre sus ojos lastimeros,  
ve la luz eternal, esos luceros,  
imagen de un amor que nunca pasa,  
huella de un Dios de eterno poderío  
que pudiera secar todos los mares,  
como invisible punto de rocío,  
y hacer temblar del mundo los sillares  
con el solo pensar de su albedrío.

Huellas de un Dios, que oyendo una ple-  
(1) ha cedido a la Fe poderes tales (garia,  
que al encanto de un aria  
pueda arrastrar los montes, como arenas,  
y detener los túrbidos raudales  
en sus dulces y líricas cadenas  
con más poder que Orfeo,  
que sólo en sueños realizó el deseo.

Pero la Cruz, enseña redentora,  
del Dios de las batallas,  
es arma luchadora,  
es lábaro sangriento,  
terror de las murallas  
con que ciñera Lucifer su asiento.

Es signo triunfador que se sublima  
para vencer, hasta llegar al Cielo,  
arrojando después desde esta cima  
al osado rival a su escabelo  
de bíblicas montañas,  
que nutren un infierno en sus entrañas.

El cristiano impasible que dormita  
a la celeste sombra de este leño  
en la paz ilusoria de un ensueño,  
no es digno de la Cruz por que milita.

(2) Es la vida una lucha que no cesa;  
tempestad de reñidas aventuras:  
surge un horror, anima una sorpresa,  
se ven en lontananza los laureles,



y deshechas al fin las ligaduras,  
y flotando sin remos los bajeles  
en turbiones de espumas y zozobras,  
suena el clarín del triunfo, se divisa  
la Fe dando valor a nuestras obras,  
y trocando las penas en sonrisa.

El instante final con ser un punto,  
un meteoro fugaz, un ¡ay!, un nada  
es algo aterrador en su conjunto:  
—...Es derrota o es gloria conquistada.  
La lucha llega al fin y el buen cruzado  
al hundirse el bajel, al ver la muerte  
separando la vida de la escoria,  
ve una Cruz, santo emblema de su suerte  
que le sirve de nave hasta la gloria.

Esa Cruz, que en el Cielo le corona,  
es aquí llave, que su tumba cierra;  
clavada sobre el polvo, no abandona  
a quien por ella pereció en la guerra;  
parece una señal... un dedo augusto  
que dice al pensador:—«Allá hay un justo.  
Yo guardo su armadura aquí en la tierra».

Cristiano y luchador, todo es lo mismo,  
pues la subida al Cólgota es sangrienta;  
quien no va a destrozar el islamismo,  
tendrá en su pecho otra batalla lenta,  
que el mal no da cuartel a sus legiones,  
y sin cesar en la mentida calma,

verá con pena el alma  
que tiene que luchar con las pasiones.

Así lanzaba yo mi desconsuelo,  
como arrullo de tórtola que gime,  
temiendo ser estéril su desvelo...  
y la esperanza describiendo un velo  
aplaude mi sentir y exclama:—«Dime,  
no contemples tan solo la amargura  
de esas horas de lucha encarnizada;  
es una pena efímera, soñada,  
seguida, en premio, de eternal ventura.

¿Qué es todo ese vaivén, ese debate,  
ese cruzar en lágrimas el mundo,  
si nuestro pecho late  
en la inquietud apenas un segundo,  
si pasa nuestro sér sin dejar huella,  
como cruza un halcón el firmamento,  
como grumo de espuma que se estrella,  
como nube de polvo que alza el viento...?»

Eso es la humanidad, un torbellino  
la quiebra, la confunde, la enfurece;  
divaga en busca de feliz destino,  
y todo en un instante desaparece;  
y libre el alma de su altivo lodo,  
siente una fuerza que hacia Dios la eleva,  
por esa ley universal que todo  
a su región correspondiente lleva.

Y llega a aquel Edén de luz y amores



incapaz de pintar la fantasía,  
de los astros son tosca pedrería,  
que arrojan sus dichosos moradores,  
porque del Sol de aquel eterno día  
mil joyas ven caer mucho mejores.

Es reñida la lid, pero a su lado  
el premio es tan inmenso,  
que no es ni un grano de menudo incienso  
con los montes de Arabia comparado. . .

Pliega tus raudas alas  
y desciende un momento de esa esfera  
do mora Sabaoth, no te sublimes  
osada inspiración; aquí te espera  
mal encubierta en transparentes galas,  
la soñada beldad de los muslimes;  
un infame que vió su cobardía  
vacilar del placer en la batalla,  
y dió vuelo a su torpe fantasía,  
improvisó una dicha que avasalla  
con necio despotismo  
y arrastra al infeliz hasta el abismo.

La sombra es su palacio; el sicomoro  
vergonzante se humilla, como amigo;  
un manantial y un pájaro sonoro  
son del crimen el único testigo.

Se ven tiendas de impúdicos celajes;  
entre abalorios crujen los encajes;

al través de girones indiscretos  
brillan dijes sin fin y brazaletes,  
de un bruñido atagán la empuñadura,  
y mil ritos heróticos, secretos;  
se oyen danzas, tambores, sonsonetes,  
y arranques de oriental desenvoltura.

Más allá, sobre el agua, boga llena  
de placer de Aben-Zaide la canoa,  
esculpida en marfil sobre la proa  
una cabeza de gentil sirena;  
cual flotante mezquita, caprichosa,  
arrullada por ondas inseguras,  
que vacila, no hallando el derrotero  
como tiembla en su vástago la rosa,  
y en medio de brocadas colgaduras  
blasona de beldad una sultana  
mirando con desvío  
á cuatro esclavos de incansable brío  
medrosos de manchar la rica grana  
si del remo salpica algún rocío.

No miran más allá los bereberes;  
en su infeliz miseria  
mirando por un prisma de materia  
no encuentran en Alá más que mujeres.

Un turbante de raso y esmeralda,  
terminado en bruñida media-luna  
a guisa de guirnalda.  
un harén que se agita y danza y rueda



y a emires soñolientos importuna;  
la hurí cubierta de traidora seda,  
y ese compás de torpe melodía,...  
es un cielo muy bajo para el hombre;  
para un alma inmortal no es cielo un día.  
Por más que la morisma lo atavía,  
éso de Edén no tiene más que el nombre.



# CANTO II

SUMARIO.—La Cruz y la Media-luna eternos rivales.—Imposible la paz.—S. Miguel me descubre la protección de María.—Plegaria de la Inmaculada a su divino Hijo, por España y especialmente por Euzcadi.

El mundo se extremece y titubea  
ante la lucha de los dos rivales;  
ambos caminan tras la tierna idea  
de sofocar el germen de los males,  
y hallar como laurel de su victoria  
una mansión de perdurable gloria.

Unos buscan la luz, el sentimiento  
sublime de un amor que no se acabe;  
otros la sombra, como busca el ave  
nocturna la mansión de lo secreto;  
y encuentran en la tierra la ventura,  
y el corazón inquieto  
se fascina en la frágil hermosura.





« Ya sabes, Hijo mio, — que España me interesa;





Fulgores y tinieblas, Cielo y tierra,  
se encuentran cara a cara en el camino;  
lanza Belial de fuego un torbellino,  
y en su nombre el Islám declara guerra.

Y fuera pretender que la serpiente  
triscara con el manso corderuelo;  
que el águila real dejara el cielo  
anidando en la atlántica corriente;  
y sepultar al sol entre corales,  
mientras el pez en busca de fortuna  
huyera de sus límpidos raudales  
al argentado seno de la luna...

pensar un solo instante  
que habitasen en paz la noble Iberia  
frentes de Cruz y frentes de turbante  
amor de Dios y amor de la materia.

Al llegar a este punto me retiro,  
penetro en el santuario,  
y al genio de Aralar con un suspiro  
le recuerdo el apoyo extraordinario;  
y pues él es la musa que me inspira,  
porque las pobres diosas del Parnaso,  
ni tienen corazón, ni tienen lira  
y, cantando a la Fe, son un fracaso,  
otra vez le suplico de sus alas  
el auxilio eficaz, que me remonte  
más allá de este mísero horizonte,  
y me haga ver las inefables galas  
de esa región de amor que le extasía;...

Aun rodaban mis ecos por el viento,  
cuando el celeste Guía,  
haciendo transparentes las edades,  
me mostró á la purísima MARÍA,  
suplicando al Amor de sus entrañas  
que guardase la Fe de las Españas,  
y escuché que amorosa le decía:

«Ya sabes, Hijo mío,  
que España me interesa;  
que en su valor confío  
la maternal empresa  
de velar por tu santo poderío.  
Verdad que tu deseo,  
un destello no más de tu mirada,  
puede mandar los mundos a la nada,  
y suspender cual bélico trofeo  
del cetro de tu mano  
todo el poder del pueblo mahometano.  
Mas sé que te complaces  
en ver luchar al hombre  
por defender tu nombre  
de Satán y sus míseros secuaces;  
España es mi elegida,  
la quiero con delirio,  
que son muchos los hijos que su vida  
han dado por mi amor en el martirio.  
Esa región fecunda,  
llena de luz y flores,  
que con ardor inunda



la tierra con la Fe de sus mayores,  
ha de ser el fanal de mi cariño,  
el honor de la Iglesia militante,  
y el precioso joyel de tu doctrina,  
pues sabe amar con corazón de niño,  
y lucha con empuje de gigante  
y en la paz canta la bondad divina.  
Con un «AVE» a mi nombre, se saluda  
en toda esa nación hospitalaria,  
que es en la lucha por mi amor tan ruda  
como tierna y filial en la plegaria.  
«A besos roba la Columna santa  
que el copioso raudal del Ebro arrulla;  
y no ha cedido un punto su denuedo  
en defender las huellas de mi planta,  
al investir la celestial casulla  
a mi siervo Ildefonso de Toledo.  
Me ha levantado templos por doquiera,  
y antes de ser al mundo *declarada*,  
su Fe me proclamaba Inmaculada,  
por ese angelical convencimiento  
con que mi ser purísimo venera.  
En ese acorde y general concento,  
hay una voz amante que me llama  
con más pura ilusión, y sube airosa  
entre montes y rocas atrevidas,  
como nube cargada de timiama,  
que brota de sus cúspides floridas.  
Región privilegiada y valerosa,

sin tregua, sin sosiego,  
de arrestos montaraces,  
de corazón de fuego,  
de inmaculada historia,  
que prefiere morir a hacer las paces  
con quien pretenda mancillar su gloria.

Esa es la Fe de Euskaria  
que quiere ver su mapa convertido  
en pintoresca losa funeraria,  
y el campo vasco de valor teñido,  
convirtiendo en bandera todo el suelo,  
antes que permitir a la herejía,  
roer el santo nombre de MARÍA,  
y al desdichado blasfemar del Cielo».

Dijo, y España levantó la frente,  
como si adormecida en dulce sueño,  
fatigada de bárbaros enojos,  
sintiera de repente  
un rayo divinal sobre sus ojos,  
como esclavo a las voces de su dueño,  
como surge la vida embriagadora  
entre fuentes, gorjeos y colores,  
al desplegar su púrpura la aurora  
y despertar del tálamo las flores...

Y sintióse vestir de fortaleza,  
cual si un paje del Rey de las alturas  
la cubriera de eternas armaduras,  
para batallas de infernal crudeza.







¡Santiago cierra'a España!!

## CANTO III

SUMARIO.—España minada por el Mahometismo se lanza a sacudir el yugo.—Pelayo, los Alfonsos, Fruela.—Clavijo El Alfranc (Euzcadi).

Cada siglo que pasa sufre y calla,  
viendo de Hiberia la agarena suerte,  
y huye del mal dejando como huella  
una marcial centella,  
que en Etna se convierte  
y por distintos cráteres estalla.

Ese norte encrespado de penachos  
de pedernal, al choque  
de la corva e infame cimitarra  
deja saltar, no chispas, no, muchachos  
de sangre astur y de lealtad navarra,  
pues no hay uno que férvido no invoque  
el auxilio del Alto poderío;  
y se lanzan, desnudo el noble pecho,



como raudal de lava que se agita,  
y en vórtices deshecho,  
arrolla harén, walíes y mezquita.

Se arrojan con la fe de quien no duda  
del triunfo lisonjero;  
el Cielo les escuda,  
y el inmortal guerrero,  
que manda como jefe, me parece  
la encarnación de un rayo  
que a un ángel obedece...  
todo eso lleva el alma de Pelayo.  
Salió de entre peñascos, de una cueva,  
—que bien de *Cueva de Honga*, el nombre  
el León de la hispana reconquista; (lleva—  
cual brota humilde la liviana arista,  
que da lugar al gigantesco cedro;  
que todo lo que es grande siempre imita  
al árbitro divino,  
que hollando tronos, vanidad y medro,  
cuando a la tierra vino  
nació en humilde cueva betlenita.

Sigue la Fe arrastrando su carroza,  
con Alfonso primero entre laureles,  
y al rápido volar de sus corceles,  
entre los cascos el walí solloza,  
y a Córdoba se fuga con la idea  
do lanzarse de nuevo a la pelea.

Alzan a Alá los brazos los faquíes,



las sultanas envueltas en aromas,  
se desprenden de perlas y rubíes,  
y como tierno arrullo de palomas,  
como remedo de oración inquieta,  
suplican al Profeta,  
no desprecie el orar de sus huríes.

Mas siguen los Alfonsos en Oviedo,  
y apenas un Hixén les sale al paso,  
sube de punto el español desnudo  
e Hixén lamenta su postrer fracaso.

El pueblo sarraceno  
se revuelve en sus tiendas convulsivo;  
aumenta por instantes  
el pérfido veneno,  
y el arco vengativo,  
sacrifica cristianos anhelantes  
de aquella eterna vida  
que Dios tiene al martirio prometida.

Se oye el clarín de triunfo por Bureba,  
y en campos de Naharón resuena luego  
un eco atronador de gloria nueva;  
y las ninfas del Alceo juguetonas,  
para calmar del entusiasmo el fuego,  
improvisan de espuma mil coronas,  
formadas en la fuga, por el vado  
turbulento del pueblo derrotado.

La fama inquieta vuela,

buscando pergamino  
para escribir la historia,  
y lauros para Fruela,  
que en Puente de Eume cumple su destino,  
arrastrando a los turcos como escoria.

Mas la morisma, como sierpe herida,  
se retuerce nerviosa, se agiganta,  
y España decidida,  
al ver que azota nuestra enseña santa,  
se lanza a defender el estandarte,  
en una lid do el Cielo tome parte.

El renegado Muza  
apresta ya su gente,  
y con arrojo cruza  
por el hispano oriente,  
hallando al fin del temerario giro  
en Albelda las tropas de Ramiro. (3)

No cede en sus querellas,  
ni en su pasión se aplaca,  
al ver que se destaca  
aquel que le negó las *cien doncellas*...  
y no halla campos en la hispana muga  
para volar en vergonzosa fuga.

Y Lucifer pretende  
vengar tamaño agravio,  
y con su aliento enciende,  
nuevos arrojos en el pecho arabio.



Se abraza el rey cristiano al Crucifijo,  
lo graba en su bandera,  
como girón de un alma, como hoguera  
formada de entusiasmo, y en Clavijo  
se encuentran las legiones  
de Ordoño y Muza como dos leones...

El combate es horrendo, vuelan flechas  
hendiendo el puro cielo,  
ambas tropas vacilan ya deshechas,  
y lleno de cadáveres el suelo,  
el hispano monarca se retira,  
un momento a la tienda de campaña;  
en el fragor apenas si respira,  
su blanca sien empaña  
el polvo y el sudor; y en un instante,  
como visión o sueño, como aviso  
venido del cristiano Paraíso,  
ve al Apóstol Santiago rutilante  
en los aires, cual águila de llama,  
en un blanco corcel, como si fuera  
condensación del viento  
con sangre y con aliento;  
y el mahometano brama  
de horror ante Santiago,  
que agitando en su diestra por bandera,  
un cruzado cendal de blanca nube,  
siembra el terror, el pánico, el estrago;  
en su alado corcel al Cielo sube;  
y desde aquella singular campaña



*¡Santiago cierra a España!!*

*Y a ellos!!* es el grito  
de triunfo, de poder casi infinito.

¿Qué fué de los emires desde entonces?  
La región del Afranc, esas dos razas,  
que en la tierra no ven bastantes bronces,  
para fundir campanas y corazas...

¿Qué hicieron entre tanto?  
Dónde está su entusiasmo por lo santo?  
Ocultas entre rocas, entre monte  
no se puede seguir su derrotero;  
sólo el Señor divisa el horizonte  
de su combate atlético, certero,  
que se desarrollaba por instantes  
destruyendo mazmorras y turbantes.

Tiembla Mahomed del Iñigo García  
y arrebatando al hijo del monarca,  
se juzga vencedor, mas llega el día  
de besar hasta el polvo de su trono.  
Por Monjardín asciende Sancho Abarea  
y tanto arrecia su sagrado encono,  
que Nájera, Becaria, y Calahorra  
se humillan al cristiano.

No halia el Califa Hixén quien le socorra;  
llega Almanzor... en vano  
porque a Sancho el mayor le sobra pecho  
para atajar su orgullo más que humano,  
y pronto queda su poder deshecho.

Algo grande, algo inmenso se avecina,

suenan el nombre fatal de Almoravides,  
de Almohades y más... sobre la ruina  
del califato muerto en tantas lides,  
se improvisan los Taifas al momento,  
reinos de un día, efímeros castillos,  
que formaron en sueños sus caudillos,  
cual los levanta con arena el viento.

España se prepara  
para vencer del todo;  
no puede soportar que hasta la cara  
le arroje el musulmán el torpe lodo.  
—Y quiere, o toda convertirse en ara  
de holocausto, muriendo en santa guerra,  
o a la Fe levantar un monumento,  
que ha de tener por pedestal la tierra,  
por coronada frente el firmamento,  
y para corazón... este capullo,  
que se llama Navarra... y con orgullo.





# CANTO IV

**SUMARIO.** — El aguerrido Sancho el Fuerte, de Navarra.—Tan guerrero como de tierno corazón.—Muestra, su último idilio con Kelmira.—La insta al Bautismo.—Legados de Navarra.

Esos brazos de acero en el combate,  
saben trocarse en vínculos de seda  
en torno de odalisca idolatrada;  
que casi siempre silencioso late  
un corazón de niño y alma leda  
bajo dura coraza salpicada  
de sangre y de trofeos  
en mil luchas azares y torneos.

Protector de Enacer, sufrir no puede (4)  
al déspota africano,  
al avaro Brahén, que nada cede  
de cuanto Aben-Jacub, menos tirano,





te colgará mi amor... la Cruz bendita.





en tiempos concertara  
con el audaz cristiano,  
defensor de Navarra y de la Tiara.

Aquel Bey despechado, que a caballo  
pateara la faz de sus traidores,  
que arrastró al pueblo como arista seca,  
que adormido en el opio del serrallo,  
se olvidó al fin de luchas y favores,  
gime y muere lunático en la Meca;  
y el eúscaro gigante  
se da a la vela, el agitado estrecho  
cruza, y defiende el infantil derecho  
de Enacer como bravo y como amante.

Y el Africa se humilla  
al paso del Navarro, que subyuga,  
y a no herirle la fama de Castilla,  
todos los afros a sus plantas viera:  
de las meknasias del harén tranquilo  
a la verdosa fiera  
que ensangrienta las márgenes del Nilo.

Tan audaz e inflexible es el valiente  
en contra del rival, como de cera  
cuando le miran con franqueza ardiente  
los ojos de una sílfide hechicera.  
Y miraron a Sancho, y en su pecho  
sintió ese despotismo de los ojos  
el titán de las luchas de Navarra;  
y se postró de hinojos



ante ese vil derecho  
que tiene la hermosura,  
quien despreció la corva cimitarra,  
y derrochó por Tremecén bravura.

Las traicioneras olas  
del mar que oye indiscreto,  
las péndulas corolas  
que copiaba el Muluya de las flores,  
y algún bulbul inquieto  
que en el plátano canta sus amores...  
son fondo de la escena  
del idilio de Sancho y la agarena.

La regia hurí ceñida,  
turgente el seno de hálito anhelante;  
los tornátiles brazos descubiertos,  
los ojos soñadores bien abiertos,  
discurre en la florida  
campiña entre flotante  
y perfumada gasa,  
que se deja sentir por donde pasa.

De pronto se detiene  
su pie, no bien cubierto  
por la gentil babucha;  
oye a lo lejos el trotar incierto  
y temblorosa escucha,  
cuál galopa un corcel, se acerca, viene,  
se oyen crugir brazales y aperones...  
es el cristiano Rey de los vascones.

Levanta la celada, echa pie a tierra,

y a una palmera el alazán asido,  
se dirige a Kelmira:—«Yo he querido  
dominar en el valle y en la sierra,  
por erigirte un trono, mas te pido  
que me dejes arranque de tu cuello  
esa imagen de mísera mezquita,  
ese dije de Aláh y otro más bello  
te colgará mi amor... la Cruz bendita.

Ese es el talismán que te presento  
de oro de Ofir y perlas de Basora,  
que ciñan tu garganta encantadora,  
y eleven hasta Dios tu sentimiento.

Esas flores, mirándose en el río,  
parecen rebuscar una onda pura  
que salpique tu sien con su rocío,  
como lo hace en las flores la mañana;  
y llegando hasta el alma la blancura  
pueda en Kelmira amar a una cristiana.

Cuando llene tus rizos el Bautismo,  
de perlas y candor, verás cuál vuela  
esa mentida luz del islamismo,  
corrompida y efímera pajuela,  
cabe el Sol de justicia que en su lumbre  
envuelve a la cristiana muchedumbre.»

—«Me encanta tu pensar, pero vacilo;  
hay en mi pecho un mundo como el tuyo;  
mas tiemblo del emir el corvo filo,  
el intruso Brahén no lo tolera;  
y no ceja un segundo en el acecho...



Mas juro por Aláh, que yo concluyo  
con mi vida... este lazo, esta palmera,  
armas serán tal vez de mi despecho.»

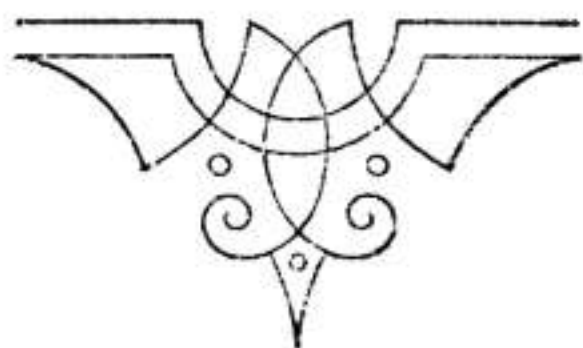
El bravo Rey la mira  
con ilusión de amante;  
se le fuga una lágrima a Kelmira,  
se oye un trotón llegar, se ve un turbante,  
es un humilde espahi; la Princesa  
agita su cendal y con traidora  
voz, que mal disimula su sorpresa:  
—«¿Qué ocurre?» le pregunta «Son, Señora,  
dos eúscaros legados...».—El monarca  
monta veloz... la joven enmudece,  
temiendo alguna intriga de su harca;  
sigue el Rey entre breñas al vasallo;  
la marcha crece y crece  
y entre sangre y espumas, el caballo  
llega al alcázar. — «¿Dónde están?... ¿Qué  
(pasa?...»

Penetra al interior; la incertidumbre,  
del curvo ventanal, la luz escasa  
que da el verdoso vidrio y el encaje,  
hacen que mal su turbación vislumbren  
los heroicos heraldos del mensaje.

Es García, el Prelado de Pamplona,  
y un caballero apuesto de Navarra.

Le hacen ver el vaivén de su corona,  
ante un monarca extraño que desgarrar  
la púrpura real de sus estados;

que su ausencia es fatal, que nadie sabe  
los hondos resultados  
de una patria sin Rey; que hay algo grave,  
que se cierne en España; que enseguida  
es menester el Rey en sus hogares,  
pues su presencia es bálsamo en la herida,  
y su espada sostén de los altares.





# CANTO V

**SUMARIO.**—Regresa D. Sancho a su patria.—Regalos del Sultán interesado.—D. Sancho en Tudela.—Se inicia una campaña final contra los mahometanos.—Don Sancho ofendido, lucha consigo mismo al deber auxiliar a D. Alfonso.—Triunfa su adhesión a la Fe.

Pocos soles risueños  
vió nacer en el Africa el monarca;  
se pierde el ideal de sus ensueños;  
su corazón abarca  
de rey y de cristiano  
un amor invariable, soberano.  
Y brilla su presencia redentora,  
animando a su patria, como anima  
el paso de la aurora  
cuando roza su manto por la cima  
de todas las montañas,  
derramando el calor de sus entrañas.





Contempla los cupidos, las preseas...





El emir le confunde de agasajos,  
le llena de riqueza y pedrería,  
quiere dorar sin duda la cadena  
de una prisión honrosa que sufría  
aquel magnate por salvar el trono  
del hijo de Yusuf; nobles trabajos,  
que pagaron los Beyes con encono,  
perfidia sin igual muy agarena,

Ignoraba su mísero Profeta,  
que aquel guerrero que cruzó su agreste  
territorio cual rápida saeta,  
a la cabeza de su noble hueste  
les iba a arrebatár lleno de gloria  
otra cadena de eternal memoria.

El regio amante y el marcial caudillo  
medita en sus peleas  
de Tudela en su heráldico castillo.  
Contempla los cupidos, las preseas  
de su pobre odalisca despechada;  
se amontonan mil túrbidas ideas  
de aquella larga y épica jornada;  
lamenta la osadía  
de próceres extraños,  
que en su africana ausencia  
sin reparar en pérdidas ni engaños,  
lucharon a porfía  
por desmembrar su herencia.

Aragón y Castilla



con rapidez avanza  
en la muslim Sevilla,  
y el emir acrecienta su pujanza,  
y en el alma de Sancho se origina  
una lucha de honor que le desgarrá;  
ve de cerca la lid que se avecina  
y el deber de un monarca de Navarra  
que encuentra hecho girones  
el lábaro sin par de los vascones.

¿Y ha de prestar su brazo  
al que siempre trató como enemigo?...  
Es recia oposición el embarazo  
de su honor ultrajado por acciones  
de que su patria es víctima y testigo.

Amparado en la tierra no halla medio  
de convencerse; su lealtad le ciega,  
la oposición se impone sin remedio...

Pero de pronto la bandera pliega,  
y cual visión venida de los cielos  
una legión encuentra de estandartes,  
y vienen más y más de todas partes:  
todos plegados sin color, sin celos;  
¿Qué nación representan?... ¡Ah!... ninguna,  
la nación de la Cruz, que es el remate,  
que como enseña general campea,  
nos dice que en el hórrido combate  
contra la media-luna  
todos son de un sentir y de una idea,  
no son más que uno solo en la pelea.







el raudal de Cruzados va llegando,



# CANTO VI

SUMARIO.—El año 1212.—El Pontifice publica la cruzada contra los mahometanos.—Se adhieren a España otras naciones como cristianas.—Campamentos en Toledo.—Se extienden por las riberas del Tajo.—D. Sancho elije lo mejor de sus huestes.

Sonó la hora fatal; Alfonso Octavo  
herido desde Alarcos ya no aguanta  
más tiempo ser esclavo  
del corrompido islam; la enseña santa  
debe triunfar del todo  
y hundir a Agar en perdurable lodo.

No es guerra de naciones, es Cruzada  
que levanta la Iglesia contra el moro;  
es desterrar a un huésped importuno,  
y surgir de una raza fatigada  
de vejación y lloro,  
ante un esfuerzo sin igual moruno...  
Esfuerzo vil, postrera llamarada



de antorcha que termina,  
explosión de un castillo que se arruina,  
rugido de una fiera que fenece,...  
con todo ese aparato se desploma,  
aquel error que por instantes crece  
la gigantesca mole de Mahoma.

Euzcadi, la región predestinada  
para escoltar la Fe de sus mayores  
es centellita oculta so un peñasco,  
que al soplo de las hordas animada,  
ya levanta hasta el Cielo sus fulgores,  
ya late fiel cual corazón de vasco,  
y en la ocasión estalla,  
cual pedernal al choque, en la batalla.

No es España, es la Europa de creyentes,  
que anhela sepultar al mahometano,  
y entre filas sin fin de arrojo noble  
como entre arbustos se divisa el roble,  
se ven las altas frentes  
de Sancho y de su ejército cristiano.

Dora los campos el fecundo estío  
de mil doscientos doce,  
inunda España de piedad un río,  
y al misterioso roce  
del eco de la voz del Padre Santo  
surge doquier un celestial murmullo  
de bélica esperanza;

se yergue un santo orgullo  
que tiene más encanto,  
y augura más completa bienandanza,  
que el rozar de las auras y amapolas  
en las doradas mieses españolas.

Los que bautiza el Rhin con sus raudales,  
y la ligera grey del Apenino,  
lamentan con los *francos* nuestros males,  
y se dan al ibérico destino.

Acuden a la voz que lanza Roma  
que todos en el Papa son hermanos,  
dispuestos a luchar contra Mahoma,  
y el yugo sacudir de los tiranos.

En la imperial Toledo  
archivo de grandeza,  
ceñida de apretada fortaleza,  
y de templos grandiosos coronada,  
improvisa mil tiendas el denuedo,  
y fragua sus designios la Cruzada.  
Y tanto crece el mar de aquel gentío,  
que revienta los diques y se explaya  
por la florida vega de aquel río,  
que besando los pies de su atalaya,  
se enrosca como sierpe nacarina,  
que con su vista a la ciudad fascina.

La ribera del Tajo que algún día  
llenara de estupor a D. Rodrigo,  
es hoy también testigo  
de lo que entonces fuera profecía.



Ve con ansia llegar la feliz hora  
de aquella realidad consoladora.

Los árboles fabrican con su rama  
albergues de esmeralda que tapiza  
la floreciente grama,  
y como el río sin cesar desliza,  
el raudal de Cruzados va llegando,  
sin descender un punto la marea  
de la noble pasión por la pelea.

D. Sancho de Navarra se aproxima,  
sediento de victoria,  
con solo el corazón de lo escogido,  
genio llamado a colocar la cima  
en ese monte de valor, fundido  
para ser pedestal de nuestra gloria.

No perdona detalle de osadía  
en su hueste de bravos caballeros;  
el distinguido Gómez de Argoncillo  
lleva el regio estandarte; los aceros  
desnudos y bruñidos a porfía  
los cascos y broncineas armaduras,  
deslumbran con su brillo,  
como Rey que a luchar se disponía  
atajando heroismos y censuras  
de hispanos y extranjeros poderíos,  
que han de juzgar de sus marciales bríos.

En torneo de bravos y naciones  
luchando por la Cruz preciso era  
que el Rey de los vascones

desplegase de sangre su bandera  
con todo el esplendor que requería  
el pugilato eterno de aquel día.

Era el 20 de Junio, y cuando apenas  
arrastraba su púrpura la aurora  
por las aguas del Tajo; y las almenas  
al paso de la lumbre que las dora,  
parecían la boca incandescente  
de un cráter en acción, se vió la gente  
tomar las armas, disponerse luego  
y lanzarse a la lucha sin sosiego.





# CANTO VII

**SUMARIO.**—El gran López de Haro.— Toma de Malagón. — Paso a Calatrava. — Se disgustan los extranjeros, regresando a sus países.—Se incorpora D. Sancho con sus valientes.—Entra en Sierra Morena.—Imposible avanzar. — El Miramamolín canta victoria.

El gran López de Haro es el caudillo  
de todas las milicias extranjeras,  
que como hambrientas fieras  
en Malagón cayeron, y el cuchillo  
humilló las cervices altaneras.

Se difundió el pavor y ya llegaba  
el implacable vencedor del moro  
al pie de Calatrava,  
cuando Almohac, temiendo su desdoro,  
ante el fracaso cierto,  
redobla su poder; acude al lance  
el rudo Abencalí, caudillo experto,  
que temerario intenta dar alcance  
a las tropas de allende el Pireneo,  
que buscan el pillaje y el saqueo.

El español no admite en quien se humilla





luchando a solas con el pueblo ibero.





el fiero ensañamiento y pone coto  
al furor de la turba que acuchilla;  
sigue el nó de protesta, el alboroto  
de quien fué más avaro que cristiano,  
y se va despechado el extranjero,  
quedándose el furor del otomano  
luchando a solas con el pueblo ibero.

En verdad que tamaña concurrencia  
de todas las naciones fuera acaso  
restar honor a España;  
permisión de la augusta Providencia,  
que aleja al punto el hálito que empaña  
nuestra gloria sin par, abriendo paso  
a nuestras armas porque luchen solas,  
y venguen sin apoyo las injurias;  
que después de aguantar las turbias olas  
de aquel mar de impiedad por seis centurias,  
al llegar el momento de la gloria  
no es justo hacer de ajenos la victoria.

Pero es gente selecta y esforzada  
la que lleva el fortísimo Navarro,  
alma de lumbre, y en la lid forjada  
con pecho de guijarro,  
que lleva por coraza inmaculada  
un santo escapulario,  
o devota medalla de un santuario.

Se impacienta el valor, el tiempo acosa,  
amontona su gente el enemigo;



los tres Monarcas, cifra misteriosa,  
revistan el ejército; se escucha  
la autorizada voz de D. Rodrigo,  
el genial Arzobispo de Toledo,  
que inflama el corazón para la lucha,  
y llena al turco de espantable miedo;  
es hermoso el conjunto, la pujanza  
de aquella masa que se mueve a una  
y se trueca en certeza la esperanza  
de acabar con la infausta media-luna.

Ya la semana del pavor se inicia,  
con temerario arrojo,  
sin ver abismo, vendaval, ni abrojo  
que detenga la ibérica milicia;  
sin que el ardiente sol, ni la negrura  
del nocturno crespón detener pueda  
el paso del valiente López de Haro,  
que avanza sin reparo  
escudriñando el valle y la espesura.  
Cruza el *puerto* fatal y la *fresneda*;  
y de *gualdafajar* el vil torrente  
se riza de placer, y arrulla al viento  
orgullosos de ver el campamento  
de la cristiana gente.  
La cumbre es escarpada;  
Sancho Fernández y Muñoz sobrinos  
del aguerrido de Haro, no hallan nada  
que perturbe sus bélicos destinos.  
Cortan brezales, improvisan senda

para ganar la cúspide... y se cruza  
una enemiga flecha, asaz traidora;  
pero pasó fugaz la escaramuza,  
y se pudo montar la blanca tienda  
que puso en fuga a la mesnada mora,  
y el pabellón de España  
quedó flotando al fin en la montaña.

D. Pedro, D. Alfonso y el valiente  
D. Sancho de Navarra, en el estribo  
de la roquiza y desigual pendiente,  
mandan alzar su campamento altivo,  
como marcial aparición que reta  
a toda la vanguardia del Profeta.

Se ve el castillo del Ferral que en vano  
pretende defender el otomano,  
y aunque todo un carcaj de ardientes flechas  
van cruzando el espacio como el viento,  
todas sus tiendas en pavés deshechas,  
sirven sólo de alfombra al campamento  
que los cristianos reyes  
levantan sobre el polvo de los beyes.

Mas... ¡ay! queda el misterio de la cumbre;  
fragosa sin igual Sierra-Morena,  
esconde una infinita muchedumbre  
que la espesura llena,  
y es un avance serio,  
lanzarse a deshacer aquel misterio.

El camino de Losa es el más breve;



pero ¿quién asegura que avanzando  
no aparece el sultán en forma aleve  
con aquel aluvión de musulmanes,  
tan ávidos de mando  
como hambrientos de trágicos desmanes?.

Retroceder para buscar oriente,  
fuera amago de fuga muy funesto;  
cerrar los ojos y avanzar de frente,  
es crimen manifiesto;  
valor y arresto sobra  
para no vacilar en la zozobra...  
Más de avanzar o no, de errar el paso,  
depende la victoria o el fracaso.

D. Sancho deseara  
la columna de luz del pueblo hebreo,  
o de Moisés la vara,  
que diera solución a su deseo.  
Divisan a lo lejos una nube,  
que aparece y se esconde en la espesura,  
que hacia la cumbre sube,  
para ganar la inaccesible altura...

Avanzan sin saber en donde pisan,  
ya aquí se yerguen formidables riscos  
como escuálidos guardas del terreno,  
ya se ve por allá el profundo seno  
de un abismo preñado de moriscos,  
que ocultos en las fallas  
se resignan a bárbaras batallas...

Sancho no ve para sus plantas tierra,  
desfiladeros, riscos, peñascales,  
infaustas angosturas de la sierra...  
¿Quién puede conjurar tamaños males?

El Miramamolín no titubea;  
dice el santón que el triunfo está seguro,  
mientras en torno vea  
de los esclavos el devoto muro,  
que no puede ceder en la pelea.

Ya Baeza y Jaén por el trofeo  
se dan a la pasión de sus altares,  
y se anima el harén y en el bureo  
se dedican al triunfo mil cantares.

Las tropas de Ismael en la algazara  
publican la victoria por doquiera,  
y se ven con perfume ungir la cara  
las lúbricas sultanas  
por la fiesta patriótica, y entera  
victoria de las huestes mahometanas.

«Tres monarcas cristianos he sitiado  
con el estrecho cerco de mi tropa;  
mañana el triunfo sonará en Europa;  
el poder del cristiano ha terminado».

Así sueña Enacer, y así lo dice  
a Baeza y Jaén... el infelice...!!!





# CANTO VIII

**SUMARIO.**—Dios no puede abandonar a sus hijos.—D. Sancho acude al Cielo.—El pastor Martín Hala-ja.—Los cristianos hallan el camino hasta la cumbre.—Desaliento en el enemigo.—Los cristianos se disponen sin precipitación para la lucha.—Arenga del Arzobispo.

El Dios de las batallas  
que hace arder las montañas con sus ojos;  
el que partió el Jordán en dos murallas  
de líquido diamante  
y uniólas al instante  
anegando en el mar de sus enojos  
al enemigo de su pueblo amante.

El que clavó cual *linda* mariposa  
el sol en el espacio  
a la voz de Josué, porque le urgía  
que acabase la lucha con el día...

¿Dejará se desplome su palacio,  
que se rasgue su púrpura preciosa...





Venid, os mostraré la senda clara;





pues todo eso es la Fe de los cristianos,  
sus súbditos, sus hijos, sus hermanos?

¿No hay ángeles cubriendo, como nubes,  
su celestial imperio?

Potestades eternas y Querubes  
que cruzando de un vuelo el hemisferio  
puedan trocar en luz aquel misterio?...

Dios contempla esa Fe que puede tanto,  
que da alas a los montes y se vuelan...  
y no faltan prodigios que revelan,  
la intervención de Aquel, tres veces Santo.

Sancho no ve para sus plantas tierra,  
desfiladeros, rocas, peñascales,  
infaustas angosturas de la sierra.

¿Quién ha de conjurar tamaños males?  
Alfonso Octavo gira su mirada...  
empieza el desaliento, desespera,  
mas de pronto aparece un ser humano,  
o celestial,—porque en aquel paraje,  
un humilde zagal, es sueño vano,  
que surja de las rocas;—lleva traje  
de simple pastorcillo y no me extraña  
que el Cielo use un pastor en esta hazaña;  
que empresas superiores  
han anunciado al mundo los pastores.

Espíritu inmortal, fantasma u hombre,  
se presenta con aire decisivo;  
Martín Halaja de Goltrán, su nombre  
debe esmaltar las páginas que escribo



y dar luz a mi pobre fantasía,  
para esta trova colosal que empieza,  
que en esa cumbre de épica grandeza,  
también la inspiración precisa guía.

—«Yo conozco, Señor, este camino,  
venid, os mostraré la senda clara;  
que fuera un desatino  
vagar por estas sierras sin destino».  
Su Fe sincera se le ve en la cara,  
que refleja honradez, verdad y anhelo  
de cumplir la misión que le da el Cielo.

López de Haro y García de Romeo  
siguen ansiosos a Martín y exploran  
con minucioso ojeo  
el oculto, estratégico rodeo  
que sus rivales de seguro ignoran.

El corazón entonces oprimido  
brinca de gozo en la mansión del pecho.  
La buena nueva corre en el estrecho  
desfiladero, cual voraz centella  
en un campo de pólvora tendido.

El 14 de Julio amanecía,  
deslizando su góndola de grana  
por el azul espacio,  
como divino augurio de su suerte,  
brotando entre perfumes la mañana  
de un sábado feliz; D. Sancho el Fuerte  
abandonaba su telar palacio

improvisado con marciales tules;  
albergue de inquietud, que algún momento  
más pareció prisión que campamento.  
Entre las gasas límpidas y azules  
de aquel día sin par, sonaba el eco  
de misteriosa marcha;  
lentamente se internan en el hueco  
de aquellos peñascales;  
brillan los cascos cual menuda escarcha,  
y mudos los clarines y atabales,  
para no despertar al enemigo,  
van ganando la cima sin testigo.

Paréceme un volcán la abrupta cumbre,  
que amontonando lágrimas y lavas,  
presto va a vomitar un mar de lumbre  
desde la gran meseta de las Navas,  
cuando choque en aquellos pedernales  
el bien herrado casco  
del fogoso caballo del rey vasco.

Ya estamos en la cúspide preciosa.  
Mirad la suspirada  
meseta de las Navas de Tolosa.

Ved próxima acampada  
la negra turba que aguardaba ansiosa  
la voz, para lanzarse por sorpresa  
sobre la santa y codiciada presa.

¡Horror! Gritó el espía,  
del campo de Enacer, y como un rayo  
va a anunciar el peligro que veía.



Una corriente de letal desmayo  
circula por las venas  
de las traidoras huestes agarenas.

Se escucha unos momentos la algazara,  
salvaje griterío  
de un puñado de moros que tomara  
con gran derroche de armamento y brío  
del Ferral el Castillo, que por vano  
ayer abandonara el Rey cristiano.

La Santa grey acampa en la llanura  
que el cielo les despliega;  
por momentos el triunfo se asegura,  
el entusiasmo de la Fe que es ciega  
no les permite ver que hacia la cima  
el enemigo artero se aproxima.

Eleva a Aláh sus agitadas manos  
y brutal se dispone a la batalla;  
quiere impedir levante sus reales  
la hueste advenediza de cristianos;  
pero es soñar, su resistencia falla,  
y acampan a pesar de sus rivales.

Se agita convulsiva la morisma  
como enjaulada fiera;  
la turbación y el cisma  
entre beyes y tropas les sincera  
del alocado intento  
de lanzarse a la lid en el momento.  
Se mueve como un mar embravecido

vagando por doquier el oleaje;  
vuelan al frente ochenta mil caballos  
en azarosa confusión y ruido  
de atambores y atávico lenguaje.  
Y se aprestan humildes los vasallos  
a la fatal contienda  
amurallando del Sultán la tienda;  
y se ordenan en número infinito  
muslimes, berberiscos y almohades  
al esforzado grito  
del emir más feroz de las edades.  
Ya reculan, ya avanzan los espías,  
abriéndose camino con la flecha,  
cual midiendo terreno y valentías...  
mas inútil pensar en abrir brecha;  
son bosquejos de lucha, son chispazos  
del gran volcán que cuando franco estalle,...  
tropas, beyes y tiendas, en pedazos,  
entre arroyos de sangre irán al valle.

Pero el campo de Cristo no se azara,  
y con la calma del valor opina  
que ante todo a su Dios se eleve el ara;  
que descansa la tropa que camina;  
y estudiada de asiento la pelea  
será seguro el triunfo de la idea.  
Y el monte se convierte en un santuario,  
entre las lanzas el incienso humea,  
y en la hoguera que sirve de incensario



se forjan para Dios los corazones  
de aquellos esforzados campeones.

Forman corte al Prelado Toledano,  
Arnaldo, el elocuente de Narbona,  
el sin par Berenguer de Barcelona,  
el de Avila, Sigüenza, y el anciano  
Señor de Tarazona.

Y cuando el sol declina  
y el vistoso crepúsculo enrojece  
de carmín las bruñidas armaduras,  
el templo del espacio se enaltece;  
luce el Cielo sangrientas colgaduras,  
como si el sol quisiera  
convertirse en la eúscara bandera.

Van pasando las horas de la noche,  
con ansia de lanzarse al enemigo  
en medio de un derroche  
de elocuentes arengas, que doquiera  
improvisa el valor de D. Rodrigo.

—«¡Hijos míos!... Llegó la feliz hora  
de limpiar nuestra patria mancillada;  
lavándola con llanto y sangre mora  
para volverla a Dios inmaculada.

Empezad con los ojos el combate;  
no temáis esa cifra sin medida,  
en cuya abolición está el rescate  
de la Fe, de la Patria y de la vida.

¿Qué importa ese vaivén de batallones

que se apiñan en círculos estrechos?  
Si en toda buena lid los corazones...  
no se cuentan, se pesan, y los pechos  
de todo ese gentío,  
sin la gracia de Dios, son un vacío.

Con heroico desprecio habéis mirado  
las extranjeras huestes que han huído,  
arte oculto de Dios que no ha querido  
ver vuestro honor por nadie cercenado.

No olvidéis esa noble valentía,  
ni dejéis que vacile la victoria;  
no peligre un momento la hidalguía  
de todos vuestros nombres en la historia.

Es glorioso morir; pero no quiero  
confundáis la victoria con la muerte;  
es más alta, es divina vuestra suerte;  
es preciso lograr un triunfo entero.

Dios nos llama a barrer esa canalla;  
y no viérais aquí, si así no fuera,  
los ministros de Dios con la bandera,  
a vencer o morir en la batalla.

¡Adelante, a la lid, queridos míos!...  
El Angel del Señor está mirando,  
y en su libro eternal está notando  
los hechos y los nombres  
de aquellos esforzados poderíos,       (bres».  
que han de admirar los genios y los hom-

—Algo así el Arzobispo de Toledo



sin duda les diría,  
hacia los Cielos levantando el dedo,  
con aquel fuego que en su pecho ardía,  
do luz tomó sin duda la mañana  
para arrojar el suspirado día  
de la sangrienta lucha sobrehumana.









levanta al Cielo su potente mano,



# CANTO IX

**SUMARIO.**—El memorable 16 de Julio.—  
Misa de campaña.—Comunión  
de los Cruzados.—Orden de ba-  
talla.—Disposición del campo  
mahometano.—La tienda de  
Enacer (El verde).

Era al nacer de una alborada incierta,  
del 16 de Julio, eterno día,  
que bañaba en policromos cambiantes  
el indeciso ambiente  
con tonos de oriambar y peonía,  
cuando a los ecos del clarín de alerta  
se aprestaron las armas; por instantes  
electrizada de valor la gente  
se animan los cuarteles,  
y piafan intranquilos los corceles.

Como hispano pendón el horizonte  
dilataba sus fajas de oro y grana,  
y en la sublime cúspide del monte



erigido el altar sonó la diana  
con bélico artificio,  
y empezó D. Rodrigo el Sacrificio...  
El Sacrificio augusto do se ofrece  
la Víctima preciosa,  
es el acto primero a que obedece,  
el triunfo de las Navas de Tolosa.

Brilla la luz con virginal pureza  
bañando aquel santuario,  
y cuando la Hostia a levantarse empieza,  
oscila el sol cual péndulo incensario,  
reflejo del gran Astro de justicia,  
que esconde entre celajes su grandeza;  
que inflama el corazón de su milicia,  
cuando al llegar el celestial momento,  
reciben el augusto Sacramento,  
doblando la rodilla  
delante del Cordero sin mancilla.

El Prelado en estática plegaria,  
como sombra del Papa soberano,  
levanta al Cielo su potente mano,  
y a todos da la absolución plenaria,  
y otros favores que en tan santo día  
Inocencio Tercero concedía.

Señalando el Prelado al enemigo  
algo del alma, aterrador, les dice  
y con gesto de Padre les bendice,  
terminando su arenga D. Rodrigo.

Se oye la voz de mando, las legiones

ocupan sus lugares,  
los monarcas despliegan sus pendones,  
luciendo entre brocados singulares,  
que el sol enaltecía,  
la inmaculada imagen de MARÍA.

A la diestra del bravo Castellano,  
el héroe de la lid D. Sancho el Fuerte;  
y el genio vencedor que no desmaya,  
aunque se viera esclavo  
de desdichada suerte,  
el caudillo invencible de Vizcaya,  
D. Diego López de Haro  
marcha al frente, teniendo por amparo  
la punta de su lanza  
y en su pecho un amor y una esperanza.

Brillan al sol los nítidos almetes  
de los *gentiles-homes*, caballeros  
del Temple y de Santiago y Calatrava;  
espolean al bruto los ginetes,  
y le animan con gritos lisonjeros,  
y prestos los vasallos  
van llenando de flechas el aljaba  
y ciñendo el petral a los caballos.

El valiente Prelado D. Rodrigo  
a todos sus Obispos acompaña,  
y así ordenado el plan de la campaña  
se paran frente a frente al enemigo.

El bárbaro islamita

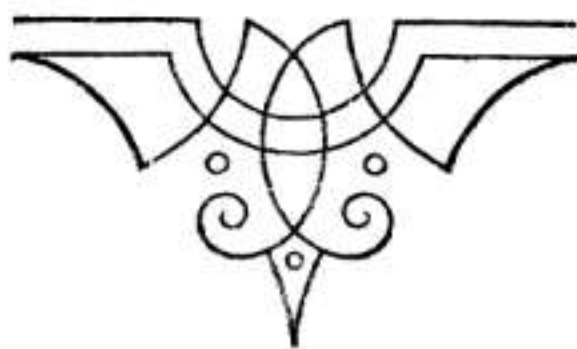


desconcertado advierte  
la táctica exquisita  
que reina en las cristianas posiciones;  
y teme por la voz de Sancho el Fuerte  
que rasgó tantas veces sus pendones.

Y Mahomed, cubierto de riqueza  
con su alquifara llena de primores,  
ciñendo su cabeza  
el precioso turbante de más gala,  
cuajado de esmeraldas y labores,  
con perlas y corales de Bengala,  
y gran cerco de trompas y atambores  
para unir a la rica pedrería  
el lujo de selvática armonía:  
el terrible Enacer, fijó su tienda  
en un central collado,  
dominándolo todo, que se entienda  
que él es de su Profeta el enviado.

En torno de su espléndida persona  
se amarran con dos cercos de cadenas  
y rígidos puntales  
una serie de bárbaros negrazos,  
vasallos muy leales,  
gigantes que alimentan en sus venas  
un virus infernal, y harán pedazos  
al temerario que romper pretenda  
el vivo valladar de aquella Tienda.  
Desde aquella acerada y tosca malla  
de cadenas, de negros y saetas,

se entera el gran Sultán de la batalla,  
órdenes manda por doquier secretas  
y cubierto de raso el campamento  
para que el sol no turbe el pensamiento  
dirige desde el alto  
la decisiva marcha del asalto.





# CANTO X

**SUMARIO.**— Momento supremo. — Choque de los dos ejércitos.— Resistencia feroz del Islamita.— D. Alfonso pelagra en un mal paso.— Desaliento del Monarca Castellano.— D. Sancho enciende el valor de sus valientes.— D. Sancho arremete con su puñado de navarros...— Arroja el parapeto de moros y cadenas... Espanto de los moros.

El campo de la luz está agresivo,  
anhelando romper con las palpables  
tinieblas, que en espanto convulsivo  
se agitan espantables.

Descarga el sol de su inflamado trono  
un torrente de fuego y de vislumbres,  
que aumentan en las tropas el encono  
y permite contar las muchedumbres.

Del Angel la trompeta en las alturas,  
se dejó oír, repercutió en el alma  
cautiva en las cristianas armaduras;  
corrió la voz y se perdió la calma.

El momento llegó...!!! No hay arpa hu-  
ni humana fantasía, (mana  
que aquel momento cante;





pasa feroz y todo lo avasalla;





ni el célico cuadrante  
ha visto otra mañana,  
que arroje de su seno  
más luz y valentía,  
más gloria para el bueno,  
ni mayor descalabro al agareno.

El momento llegó... de los clarines  
y cajas y atabales y gargantas  
sonó la voz de avancen; dando al viento  
las erizadas crines  
se lanzan los caballos,  
y las enseñas santas  
repiten el acento  
al desplegarse al aire;  
y todo aquel gentío  
con su marcial donaire  
va derrochando brío  
y arrollando al obscuro poderío.

Responde el mañometano  
con mil horribles ruidos  
de adufes y anasiles,  
salvajes alaridos,  
cual silbo de reptiles;  
y todo el campo atruenan  
con aquella hazañera vocería  
sin que se advierta si los gritos suenan  
a costumbre, a pavor o valentía.

Levantán los cristianos



al Cielo todos suplicantes manos;  
su corazón a la plegaria abierto,  
pues que su causa sola  
les lleva a aquel combate,  
de él esperan arrojo y el acierto  
para acallar la negra batahoia,  
y conseguir el español rescate.

Pero el Cielo da riendas a la lucha,  
el protervo más ánimo recobra;  
parece que un momento Dios no escucha,  
y D. Alfonso vaga en la zozobra.

El bravo de Castilla  
galopando el corcel se va a un barranco,  
que su valor humilla;  
y una turba de alarbes se amontona,  
soñando arrebatarle la corona.  
Vacila todo el flanco,  
y cada hispano que a su rey se adhiere  
entre las flechas agarenas muere.

Fué alarde temerario,  
que el Cielo permitiera,  
para ruina mayor del adversario  
que de otro modo sin luchar huyera.

El osado Monarca, como pudo  
se salvó de la bárbara mesnada;  
defendiendo su faz con el escudo  
y segando cervices con la espada.

Llegado al Arzobispo D. Rodrigo

—«*Muramos*»—exclamó—y el gran Prelado,  
más aguerrido que el primer soldado,  
á pesar del furor del enemigo:

—«*No moriremos—respondió—mas antes  
venceremos, Señor*» que el Cielo basta  
para acabar con la agarena casta.

Ignoraba tal vez Alfonso octavo  
que el genio de las lides,  
el gran D. Sancho el bravo,  
tendrá valor bastante  
para salir triunfante  
de los almoravides  
y terminar de un tajo  
aquella raza intrusa y denigrante  
que costó tanta lágrima y trabajo.

Arenga a su puñado de valientes:  
—«En vosotros radica la esperanza,  
la nación y la Iglesia están pendientes  
de vuestra bizarría;  
sois llamados por Dios a la venganza  
de nuestra Fe ultrajada;  
y a vosotros tan sólo se os confía  
misión tan delicada.

¡Hijos míos, besad vuestra bandera...!  
Primero que dejaría al adversario  
que todo el mundo muera,  
y que a todos nos sirva de sudario,  
que por algo nos muestra por remate  
esa Cruz que es la vida y el rescate».



Dijo en su acento de marcial arrojo,  
y el blanco potro cordobés herido  
del dorado acicate, no halla abrojo;  
como un rayo en el vértigo perdido  
pasa feroz y todo lo avasalla;  
*impávido el jinete*  
*al cerco de cadenas arremete,*  
*fuerza, corta, deshace la muralla*  
*y entre un montón de carne y eslabones*  
*pasa impune el titán de los Vascones,*  
*ganando con su empuje la batalla.*

. . . . .

El Miramamolín no vió de espanto  
aquel caballo convertido en fiera;  
pero su horror fué tanto  
al verse arremetido,  
que entonces, si pudiera  
su negra tez cambiar, palideciera.

El raso del carmín de la techumbre  
se deshizo en girones, como alfombra  
por donde corre, vuela,  
cual ráfaga de lumbre  
que al que no mata asombra,  
el triunfador que azuza  
a su nervioso bruto,  
dejando por do cruza  
una terrible estela  
de sangre, de gemidos y de luto.

Se desploma aquel solio improvisado,  
joyel de galas, dos minutos antes,  
y rueda por el suelo abandonado  
el Korán con el aureo paginado,  
carcajes, alquifaras y turbantes.  
Mas no basta; el Sultán era su sueño,  
y aunque entre peñas huya,  
y todos sus vasallos,  
encuentren, en la fuga de su dueño,  
razón para la suya,  
y acosen sus caballos,  
y en medio del bosque  
pueda temer un ímpetu salvaje,...  
D. Sancho, no se apura  
y entre brezales y rodada piedra  
le sigue hasta perderse en la espesura.





# CANTO XI

**SUMARIO.**—D. Sancho regresa de su persecución a Mahomed. — Botín inmenso. — Aspecto del campo de batalla! — La Noche. — ¡Cantad al Vencedor. — Origen del Escudo de Navarra.

Deshumorado y triste  
de no alcanzar al prófugo cautivo,  
el triunfador desiste;  
y entre enojado, fiero y pensativo  
por dejar escapar tamaña presa,  
de nuevo al campo del honor regresa.

El botín es inmenso y de justicia:  
relinchan por doquier despavoridos  
corceles berberiscos y andaluces;  
las tiendas son palacios reducidos;  
las armas de la islámica milicia,  
teñidas y deshechas,  
se pueden divisar entre las luces  
de hogueras gigantescas, do se abrasa



En el altar del campo D. Rodrigo





un sin fin de jaeces, lanzas, flechas  
que dieron harta brasa  
para cantar con llamas la victoria,  
y reducir a escoria  
aquellas armas viles  
que hirieron de Cruzados tantos miles.

Se amontonan riquezas y pendones,  
de aquellos adversarios,  
harneses y trotones,  
y millares de lentos dromedarios...  
y vuelven a tomar sus posiciones.

En el altar del campo D. Rodrigo  
llena de ardor el corazón de todos,  
y pinta de mil modos  
cómo su alma y el Cielo son testigo,  
de célicos favores  
en pro de los devotos vencedores...  
y cómo allí se ha visto  
la Inmaculada y el poder de Cristo.

Y en medio de trompetas y clarines  
resuena el Himno que la Iglesia Santa  
a tan solemnes fines  
consagra; y toda la Cruzada canta,  
y vivas y clamores  
dirigen al Señor de los Señores.

El astro abrasador de aquesta fecha,  
de singular memoria,  
fatigado tal vez de tanta gloria,  
como fénix herido de una flecha



vaciló en aquel mar de sangre y lloro  
y al fin cerró sus párpados de oro.

La solícita sombra de la noche  
corrió a cubrir con impalpable luto  
aquel campo marcial, mientras el cielo  
apresta el gran derroche  
de vívidas antorchas, que el tributo  
rindan de amor al mártir abnegado,  
que a la espada y la cruz murió abrazado.

Agita en un cantar Sierra Morena  
el abrupto ramaje de su falda,  
y dominando el ara está la luna,  
que ya figura palidez de pena,  
envuelta en nubecillas soñadoras,  
ya un querube tejiendo una guirnalda  
para ceñir las sienes vencedoras;  
y cuando al fin desata  
el nacarino lazo de su seno,  
y un torrente de aljófar y de plata  
corre de ensueños y salmodias lleno,  
el astro al parecer su vuelo abate  
y extático se para  
como buscando vida,  
en donde estuvo el ara,  
que a todos dió valor para el combate;  
cual Hostia de los cielos suspendida,  
cual imagen sutil del Sacramento  
expuesto en el altar del campamento.

Cuando el Cielo se pone por delante,  
y un *Fuerte* encarna la celeste idea,  
no hay alfanjes, ni hierros ni turbante,  
la santa Cruz campea;  
si precisa el milagro, no escasea...  
Más temibles que lanzas y eslabones  
son las fieras que esconde la espesura,  
y Daniel hizo suyos los leones  
que deponiendo su feroz bravura  
su pie desnudo lamen con ternura.  
¡Qué tesoro de gloria y añoranzas,  
halló Navarra en la feliz empresa,  
de cercenar las moras esperanzas,  
y de volver ilesa  
la fe de sus vascones  
bordada de gloriosas tradiciones!

El botín de la gloria es la riqueza  
más pura y más preciosa,  
que consiguió la eúscara proeza  
en su hazaña de Navas de Tolosa.

El genio luchador, el bravo, el *Fuerte*,  
que en africana y ruda cacería,  
luchó con un león y le dió muerte; (5)  
que en su mercado día,  
derribara el islámico baluarte,  
tienda, Korán, cadenas y estandarte,  
no ha de buscar añejos pergaminos  
para encontrar escudo;  
los célicos destinos



con su pensar sereno,  
le marcan el blasón sobre el terreno.

Un cerco de cadenas,  
en medio erguido el Enacer, (el Verde  
por ceñir de esmeralda sus melenas)  
todo bañado en sangre, cuando pierde  
por fin su honor la infausta cimitarra...  
Ved el blasón de la inmortal Navarra.

Cadenas y albedrío  
con venerandos Fueros  
son timbres verdaderos  
de santa libertad y poderío.









mientras arde en Baeza la mezquita,



## CANTO XII

**SUMARIO.**—El triunfo avanza por Andalucía.—Arde la mezquita de Baeza.—Rendición de ciudades.—Ubeda pretende comprar la paz con oro.—Regreso de los Monarcas a sus estados.—D. Sancho en Navarra.—Las cadenas de las Navas.—Navarra las considera como el mejor timbre de gloria.—Vitores al gran D. Sancho.

La hueste vencedora,  
sin recoger a penas los laureles,  
la enseña Redentora  
clavó sobre los árabes cuarteles;  
y derrochando fresca valentía,  
fué arrollando la alarbe Andalucía.

El pánico se mece,  
con su helado mirar, sobre ese imperio,  
que trémulo fenece;  
concentra aquel poder que titubea  
al lado de su trono;



llama a Túnez y a Fez a la pelea  
arroja combustibles a su encono,  
y cual postrer esfuerzo por la idea  
se ven en las ciudades  
solo niños, ancianos y beldades.

Con más fragor y brillo  
que resbala el zig-zag del meteoro  
arrastra, despreciando lauros y oro,  
el chispeante carro  
de la victoria el inmortal navarro.

Al fascinante paso  
de la triunfal carroza,  
quedan desiertas tímidas las villas,  
el palacio, el alcázar y la choza,  
se dirían medrosas avecillas,  
que al llegar de la luz el tibio ocaso,  
buscan el nido do su amor reposa,  
y escapan del halcón que las acosa.  
Se humillan a su acero  
Bilches, Ferral y Baños y Tolosa;  
no encuentra el dardo fiero  
ni un pecho mahometano  
en la marcial Baeza;  
porque al fragor cercano  
del rayo de grandeza  
todos huyen y en Ubeda se aduna  
todo el poder que da la media-luna.

¡Adelante! sin tregua en la carrera;

mientras arde en Baeza la mezquita,  
dejando aquella hoguera  
como horrendo pendón, se precipita  
la acalorada hueste  
donde sus fuerzas el Sultán apueste.  
Salva su audacia de Ubeda los muros  
y al verse los magnates inseguros,  
se postra al vencedor humilde el moro  
para comprar la paz con doblas de oro.

No cabe ese concierto;  
proposición infame,  
aunque todo el tesoro quede abierto  
y entreguen cuanto la ambición reclame...  
No sale el gran monarca de su pasmo,  
es temor, ceguedad, pueril anhelo  
satánico sarcasmo  
querer Mahoma sobornar el Cielo!!

El triunfo es ya total: sobre las Navas  
se abatieron las armas y pendones,  
y en Ubeda las almas son esclavas.....  
que entregan a merced sus corazones.

En medio de aquel nimbo de grandeza  
termina la Cruzada;  
orden los Reyes dan de retirada,  
y a sus hogares el desfile empieza. (6)

. . . . .  
. . . . .



Salgamos a la senda victoriosa  
del inmortal D. Sancho que regresa  
de su aguerrida empresa,  
y cubramos de lauros y de rosa  
el áspero camino,  
ya que fué brazo del poder divino.

La trompa de la fama  
llenó de su heroísmo las regiones  
del mundo de la Fe; la tierra toda  
que con Cristo-Jesús espera y ama  
aclama al vencedor, le llama hijo  
y no hay acorde sin cantar su gloria,  
ni trovador sin oda  
y fuera alarde sin igual prolijo  
cual pretender aprisionar los mares  
el condensar las trovas y cantares  
consagrados al triunfo sin segundo  
del más audaz batallador del mundo.

Y como deja un astro resplandores,  
y el mar corales y la fuente arrullos  
y la gentil crisálida capullos,  
como mayo a su paso deja flores...  
por donde fué pasando  
D. Sancho con sus lauros, en girones  
la gloria va dejando:  
banderas y eslabones  
lo mejor de sus hondas emociones.

En Pamplona, en Irache y en Tudela

en castillos, alcázares, santuarios  
va dejando de glorias una estela;  
cual rauda carabela,  
que triunfante de déspotas corsarios,  
se deja por los mares  
los ecos de sus líricos cantares.

Y Navarra besó los eslabones  
en que lloró la religión cautiva;  
y unidos los navarros corazones  
según ellos están en la cadena,  
si una extraña afición no la envenena  
no se verá ni un alma fugitiva  
de aquellos ideales  
que defendieron Sancho y sus leales.

Y Navarra besó los eslabones,  
y de pie en su alegórico obelisco,  
sosteniendo huracanes y ciclones  
como Sancho el empuje berberisco,  
de pie sobre esa aguja  
de bien labrada piedra,  
que en el navarro cielo se dibuja,  
con aire de una Fe que no se arredra,  
en nombre de su hijo  
habló desde el osado monumento  
y enternecida dijo:

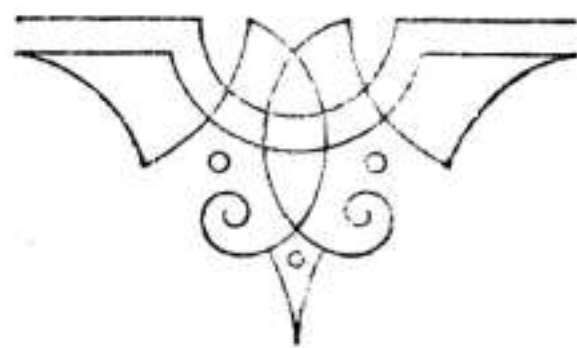
«Defended el blasón que hoy os presento».

Y aún sigue en pie sobre la audaz palestra  
y con valor rayano en lo infinito  
impávida demuestra



a sus invictos hijos del Pirene.  
la *Ley Foral* que su valor sostiene.

Un himno al Vencedor entone el mundo,  
desde el humilde líquen, que verdea  
en las peñas de Losa, hasta el profundo  
antro de perlas del inmenso océano,  
que cantó en aquel día la odisea  
de Sancho y de sus bravas  
huestes, viniendo con las manos llenas  
de lauros y cadenas  
del conquistado campo de las Navas.









Apoteosis de Sancho el Fuerte

# APOTEÓSIS

¡Hosanna al Vencedor! ¿No véis la aurora,  
cual surtidor de lumbre y de colores,  
salvar furtiva la celeste almena,  
brincar de gozo y prodigar loores  
al alma triunfadora,  
que ha roto esa cadena,  
que a seis generaciones,  
amarró con sus graves eslabones?...

La Fe que puede trasladar los montes,  
será el angel, auxilio del poeta,  
que, cruzando centurias y horizontes,  
coloque la meseta,  
de las Navas... aquí sobre el espacio,  
suspendida de fibras eternas  
del árbol del Edén, como un palacio  
encantado, que flota en los cristales  
de un impalpable mar... y allí, entre aroma,



improvisar de luces el proscenio,  
do hacer la apoteósis de ese genio,  
que rompió las cadenas de Mahoma:

Una matrona, la inmortal Navarra  
abrumando su planta de desdenes  
la corva cimitarra,  
llevando en una mano la cadena,  
tendrá la diestra de laureles llena,  
en ademán de coronar... las sienes  
del héroe, que indicando no ser nada,  
señalará los cielos con su espada.  
Y en torno de la propia alegoría,  
luciendo sus dalmáticas, de perlas  
bordados de Navarra los Castillos,  
mil tiernos pajecillos,  
con flores de Jaén, para ponerlas  
al pie del más audaz de los caudillos.

Y el navarro Arzobispo D. Rodrigo  
mirando a Sabaoth, en las alturas  
levantando el patriota López de Haro  
la fimbria de sus sacras vestiduras,  
agradeciendo el celestial amparo,  
en contra del satánico enemigo  
llenará aquel ambiente, azul, inmenso  
con amplias nubes de aromoso incienso.

Y el arte de Navarra, que atesora  
lo más dulce en la humana melodía,  
improvise raudales de armonía,

como los lanza de su luz la aurora,  
resonando en los campos y en los lares  
las trovas de sus épicos cantares.

Y sirviendo de fondo en el ambiente,  
el sangriento pendón de la conquista,  
do misteriosa mano se presente  
bordando con finura nunca vista,  
bajo una regia sin igual guirnalda,  
las eternas cadenas y esmeralda  
del más glorioso escudo,  
que a sus hijos D. Sancho dejar pudo.

Y así entre aromas, músicas y flores  
honrado de tal suerte,  
aparezca entre eternos resplandores  
el titán de las Navas, SANCHO EL FUERTE.

FIN





## NOTAS

CANTO I. (1).—Si tuviereis Fe, siquiera como un granito de mostaza diríais a ese monte, pasa allá y pasaría.

*Si habueretis fidem sicut granum sinapis dicetis monti huic: Transi hinc illuc et transivit.* (MATH. XVII, 19).

(2).—*Militia Hominis super terram.*—La vida del hombre sobre la tierra es una lucha.

CANTO III. (3).—Es muy probable que la batalla de Clavijo sea la misma de Albelda; esto, no obstante, es muy probable la aparición de Santiago, en cualquiera de las formas de que el Cielo se sirve para las apariciones. De aquella época data el célebre voto a Santiago. La crítica ha dejado muy mal parado este asunto, negando la batalla y negándolo todo, por el mero hecho de ser falso el llamado tributo de las *Cien doncellas*. Sea lo que quiera, hemos optado por seguir las tradiciones cristianas, ya que nuestro humilde trabajo está más llamado a cantar la Fe que a seguir la negación maniática de todo lo que entraña glorias para el cristianismo.

CANTO IV. (4).—*Enacer* es uno de los nombres, que daban a Mahomed o Mohamad, hijo de Aben-Jacub; dicho nombre en Arabe *el Verde* se fundó seguramente en el precioso turbante verde que usaba, todo cuajado de esmeraldas.



CANTO XI. (5).—Durante su estancia en Africa debió darse con alguna afición á la caza mayor. En un relieve de Sta. María de Pamplona, dice el P. Moret, entre las labores que adornan la entrada a la capilla de la Barbazana, a una estatua de S. Pedro sirve de pedestal una piedra muy bien labrada que representa a Sancho VII, luchando con un león de gran corpulencia al que clava la espada, a guisa de rejón, hundiéndola hasta la empuñadura. También figuran allí las cadenas que más tarde ganó en las Navas. Lo que demuestra que el trabajo debió hacerse para conmemorar este hecho, y demostrarlo muy apropiado del sobrenombre EL FUERTE.

CANTO XII. (6).—Entre los despojos de la batalla, Don Diego López de Haro encargado de hacer la distribución, adjudicó a los Reyes de Navarra y Aragón lo que se hallaba dentro del palenque del Miramamolín. D. Sancho no tuvo otra ambición que la de la gloria, trayéndose las CADENAS, que en unión de la esmeralda, en el centro, como recuerdo de *Enacer*, forman su glorioso Escudo.

D. Alfonso Octavo se llevó el Korán y el estandarte principal, que hoy se conservan en las Huelgas de Burgos, repartiendo el resto del Botín, según los méritos militares, en el campo.

# ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
DEDICATORIA a la Exema. Diputación de Navarra . . .	5
PRÓLOGO. . . . .	7
PRELUDIO (Sumario).—INVOCACIÓN.—S. Miguel in Excelsis —Llor al Custodio de las Tradiciones Vasco-Navarras . . . . .	11
CANTO I. (Sumario).—La Fe y el Islamismo.—Hay que luchar —Eternidad del premio.—Cielo cristiano y Cielo mahometano . . . . .	15
CANTO II. (Sumario).—La Cruz y la media-luna.—Eternos rivales.—Imposible la paz.—San Miguel in Excelsis me descubre la protección de María.—Plegaria de la Inmaculada a su divino Hijo, por España y especialmente por Euzcadi . . . . .	22
CANTO III. (Sumario).—España minada por el Mahometismo se lanza a sacudir el yugo.—Pelayo, los Alfonsos, Fruela, Clavijo.—El Afranc (Euzcadi) . . . . .	31
CANTO IV. (Sumario).—El aguerrido Sancho VII.—Tan guerrero como tierno de corazón.—Muestra, su último idilio con Kelmira.—La insta al bautismo.— Legados de Navarra . . . . .	33
CANTO V. (Sumario).—Regresa D. Sancho a su patria.—Regalos del Sultán interesado.—D. Sancho en Tudela.—Se inicia una campaña final contra los mahometanos.—D. Sancho ofendido, lucha consigo mismo al deber auxiliar a D. Alfonso.—Triunfa su adhesión a la Fe . . . . .	46
CANTO VI. (Sumario).—El año 1212.—El Pontífice publica la Cruzada contra los Mahometanos.—Se adhieren a España otras naciones.—Campamentos en Toledo.—Se extienden por las riberas del Tajo.—D. Sancho elige lo mejor de sus huestes. . . . .	53



	<u>PÁGS.</u>
CANTO VII. (Sumario). — El gran López de Haro. — Toma de Malagón. — Paso a Calatrava. — Se disgustan los extranjeros regresando a sus países. — Se incorpora Don Sancho con sus valientes. — Entra en Sierra Morena. — Imposible avanzar. — El Miramamolín canta victoria . . . . .	58
CANTO VIII. (Sumario). — Dios no puede abandonar a los suyos. — D. Sancho acude al Cielo. — El pastor Martín Halaja. — Los cristianos hallan el camino hasta la cumbre. — Desaliento en el enemigo. — Los cristianos se disponen sin precipitación para la lucha. Arenga del Arzobispo . . . . .	66
CANTO IX. (Sumario). — El memorable 16 de Julio. — Misa de campaña. — Comunión de los Cruzados. — Orden de batalla. — Disposición del campo. — La tienda del Miramamolín. — Enacer (El Verde). . . . .	79
CANTO X. (Sumario). — Momento supremo. — Choque de los dos ejércitos. — Resistencia feroz del enemigo. — D. Alfonso peligra en un mal paso. — Desaliento del Monarca castellano. — D. Sancho enciende el valor de sus valientes. — D. Sancho arremete con su puñado de Navarros — Arrolla el parapeto de moros y cadenas. — Espanto de los moros.	84
CANTO XI. (Sumario). — D. Sancho regresa de su persecución a los fugados. — Botín inmenso. — Aspecto del campo de Batalla. — La Noche. — Cantad al Vencedor. — Origen del escudo de Navarra . . . . .	92
CANTO XII. (Sumario). — El triunfo avanza por Andalucía — Arde la mezquita de Baeza. — Rendición de ciudades. — Ubeda pretende comprar la paz con oro. — Regreso de los Monarcas a sus estados. — D. Sancho de Navarra — Las cadenas de las Navas. — El monumento a los Fueros. — Pamplona. — Vítores al gran D. Sancho. . . . .	101
APOTEÓISIS. . . . .	109
NOTAS. . . . .	113

# Imprenta y Librería Montserrat

Herederos de J. Roca y Bros

— Fernando VII, 43.- Barcelona —

---

## LIBROS PARA PREMIOS

---

### **Biblioteca para los niños**

Tomo I.—Flores y perlas.

Tomo II.—Rosas y jazmines.

Tomo III.—Oro y brillantes.

Tomo IV.—Soles y estrellas.

Todos los tomos están adornados con multitud de grabados, siendo bonita y rica la encuadernación.

---



### **Biblioteca Estrella**

Tomo I.—Las guindas.

Tomo II.—El petirojo.

Tomo III.—El nido del pájaro.

Tomo IV.—La torta.—Los cangrejos.

Tomo V.—El camino de la virtud.

Preciosísimos tomitos con excelente encuadernación.

---



### **Biblioteca Moral y Amena**

Tomo I.—El niño perdido.

Tomo II.—Un día de felicidad.

Tomo III.—No me olvides.

Tomo IV.—Los huevos de Pascua.

Tomo V.—La ignorancia castigada.

Tomo VI.—Fruta sabrosa.

Tomo VII.—Manojo de flores.

Tomo VIII.—Escenas familiares.



Interesantes libros aprobados por la Autoridad Eclesiástica, muchos de los cuales han merecido el honor de ser traducidos en casi todos los idiomas. Los ilustran gran número de grabados, siendo bellísima la encuadernación con planchas doradas.



### **Biblioteca Rosa**

Tomo I.—El rosal.

Tomo II.—El pequeño Enrique.

Tomo III.—El corderito.

Tomo IV.—Los dos hermanos.

Estos tomos están adornados con profusión de grabados, siendo la encuadernación muy vistosa, con planchas en oro y colores.



### **Biblioteca Rica Moral Recreativa**

Colección de novelitas

escritas por el célebre Canónigo Cristóbal Schmid

Tomo I.—La Guerra Santa.

Tomo II.—Eustaquio.

Tomo III.—Itha, Duquesa de Toggenbourg.

Tomo IV.—Agnés, la joven tocadora de laúd.

Tomo V.—La buena Fridolina.

Tomo VI.—El Cortijo de los tilos.

Tomo VII.—María ó el Cestillo de flores.

Tomo VIII.—La Cartuja.

Tomo IX.—El Joven ermitaño.

Tomo X.—La Guirnalda de Vidarria y El Incendio.

Tomo XI.—Hirlanda, la joven condesa de Bretaña.

Tomo XII.—Cien nuevos Cuentecitos.

Tomo XIII.—Cien Cuentecitos más.

Tomo XIV.—La Noche Buena.

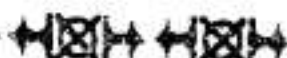
Magníficos tomos en 4.º con clara y esmerada impresión, excelente texto é ilustraciones de celebrados artistas. Las cubiertas son preciosas, con dorados y planchas alegóricas.



### **Biblioteca Diamante**

- Tomo I.—La Barca del Pescador.  
Tomo II.—Genoveva de Bravante.  
Tomo III.—Viajes de instrucción y recreo, por Europa y América.  
Tomo IV.—Historia de Cataluña. Sus monumentos, sus tradiciones, sus artistas y personajes ilustres.

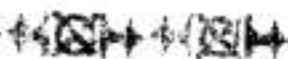
Las obras que componen esta Biblioteca son de gran tamaño, magníficamente ilustradas con dibujos de celebrados artistas, y rica y modernista encuadernación.



### **Biblioteca Esmeralda**

- Tomo I.—Pura Alegría.—Narraciones populares.  
Tomo II.—La hija de un héroe de Lepanto.  
Tomo III.—La Cruz y la media luna.  
Tomo IV.—Páginas doradas.  
Tomo V.—Almas grandes y almas pequeñas.

Para que se convenzan de la esplendidez con que están presentados los tomos de esta Biblioteca, rogamos que se adquiriera un ejemplar de los mismos.



### **Galería Histórica**

- Tomo I.—Los sitios de Zaragoza.  
Tomo II.—El Gran Capitán.



Tomo III.—Un rey glorioso.

Tomo IV.—Los grandes marinos.

Preciosos tomitos, profusamente ilustrados, con magnífica encuadernación.



## NOVELITAS PIADOSAS, MORALES E INSTRUCTIVAS

**La venganza de un judío**, *por el abate G. Guenot*.—El sabio y virtuoso Cardenal Wiseman, autor de la Fabiola y otras obras que le han hecho célebre, ha sido uno de los más ardientes propagandistas de la novela del abate Guenot que anunciamos.

**Tres novelitas**.—DEL INFIERNO AL PARAISO.—PAN Y QUESO.—UN MANUSCRITO DE FAMILIA, *por el Padre J. J. Franco de la Compañía de Jesús*.—El ilustrado Padre Jesuíta, Autor de estas tres novelitas, es sobradamente conocido en el mundo de las letras para que sus obras necesiten recomendarse. Todas llevan un sello especial que las hace interesantísimas, bastando hojear las primeras páginas de las mismas para que el interés del lector vaya en aumento y no las suelte hasta haberlas leído completamente.

Las tres novelitas encuadernadas en un tomo.



**Vida de San Luis Gonzaga**, *por el P. Tavini*. Edición especial para premios, con bonita encuadernación.



## Devocionarios

Inmenso surtido propio para premios. Los hay con gran variedad de encuadernaciones y precios.